El trono de Dágodart: La profecía

Álvaro Ortega Guirado

El trono de Dágodart:
La profecía

Álvaro Ortega Guirado

avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
©Álvaro Ortega Guirado, 2025
Ilustración del mapa por Viena Bantulà (@vanthulla)
Contacto: https://linktr.ee/vanthulla?utm_source=linktree_profile_share&ltsid=6bf91b46-80aa-42aa-b404-a74986982ad3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-60-4
THEMA: FM - FMB
DEPÓSITO LEGAL: M-5074-2025

Dedicado a todos aquellos que alguna vez han mirado al cielo y han soñado con otros mundos, con otras vidas y con otros destinos, porque los sueños son aquello que traspasa el velo que separa los distintos universos y te conecta con tus otros alter ego, mostrándote sus vidas.

AGRADECIMIENTOS

Crear este universo de fantasía ha sido un viaje lleno de retos, aprendizajes y, sobre todo, de momentos compartidos con personas extraordinarias que, en muchos sentidos, hicieron posible que cada página cobrase vida. A ellos quiero dedicarles unas palabras:

A mi hermano Iván por encarnar la esencia de Varis y aportar su sensibilidad y amor por la naturaleza. Tu perspectiva fue la chispa que definió su espíritu.

A mi sobrino David por dar forma y alma a Bharash. Tu energía y valentía no solo hicieron de este héroe una figura única, sino que me inspiraron a explorar la profundidad de su coraje.

Al novio de mi hija, Yeray, por traer a Neega a la vida con un toque especial y único. Tu apoyo y creatividad se reflejan en cada acto de este personaje, cuya historia aporta fuerza y misterio a la trama.

A mi hija Ingrid por representar a Altair de una forma tan sorprendente. Tu entusiasmo y compromiso con este personaje fueron clave para que se convirtiera en uno de los pilares de la historia.

A mi hijo Fileas, quien con Mónleas me mostró que la nobleza y la rectitud no son solo valores de héroes en las páginas de un libro, sino virtudes que se viven día a día. Gracias por recordarme siempre la importancia de ser fiel a uno mismo.

A mi esposa Ana, quien, con paciencia y cariño, soportó cada una de las «ausencias» que protagonicé durante los momentos que dediqué a esta novela. Sin tu apoyo, esta aventura nunca habría llegado a puerto seguro.

Y a mi madre, mi primera fan, quien desde el primer momento creyó en este sueño y ha seguido cada paso del camino con entusiasmo. Gracias por estar siempre a mi lado, recordándome lo que es realmente importante.

A todos vosotros gracias, por dar vida a estos personajes y por formar parte de este viaje. Esta historia es tan vuestra como mía.


Mar del Norte
Ciudad Ostopor
Bosque Norte
Río Verde
Montañas Albinas
Jándir
Río Grande
Forgendal
Ciudad Melgor
Paso estrecho
Torre de la Hechicería
Gugh
Castillo de la Dama
Bosque Sur
Río de la Sombra
Pantano
Montañas de la Sombra
Mar Negro
Dagodart
La Comarca

Capítulo 1:

La profecía

Recuerdo que la oscuridad de aquella noche parecía más densa que la piedra misma, como si la negrura del mundo hubiera sido arrancada de las entrañas de la tierra. La niebla lo cubría todo, espesa y pegajosa, como una capa de alquitrán que se filtraba en mis pulmones. Cada sombra en el bosque susurraba secretos que jamás querría haber escuchado. Como enano, siempre había estado rodeado de rocas y mineral, pero la sensación de aislamiento y peligro que emanaba de esa negrura era diferente. Era como si el aire estuviera vivo, impregnado de una magia antigua y oscura, llena de presagios.

A mi alrededor podía ver a otros, un grupo de personas con las que compartía un destino incierto. Hombres y mujeres de distintas razas, un ladrón inferni de mirada astuta, un hechicero draco con ojos llenos de sabiduría y dolor, una guerrera orco con una espada negra que parecía hecha de la misma oscuridad que nos envolvía, un monje humano musculoso, de presencia imponente y un aura de sabiduría que irradiaba calma, y otro hechicero, este un semielfo con aire enigmático y ojos verdes que reflejaban la naturaleza. Todos estábamos juntos, y, sin embargo, cada uno estaba solo en su propio miedo, luchando por mantenerse en pie frente a un destino que no podíamos comprender.

Entonces, lo vi por primera vez. Un demonio surgido de las pesadillas de los mortales emergió como una figura humanoide de piel azul marino, casi negra, rodeado de una luz espectral que cambiaba de color de manera hipnótica. Su presencia traía un frío que calaba hasta los huesos, y cada paso suyo parecía robarnos el calor y la esperanza, dejando tras de sí un rastro de oscuridad y desolación. En una mano sostenía un látigo envuelto en llamas, y en la otra, una espada de fuego, ambas armas lanzando destellos mientras él avanzaba, ansiosas de sembrar terror y destrucción. Sus ojos, oscuros como pozos, brillaban con un odio profundo y calculador que, aunque no mostraba furia descontrolada, dejaba claro que éramos su objetivo. Al ver sus armas y sentir su helada presencia, supe que no era simplemente una criatura de fuerza brutal, sino un estratega sombrío, un maestro en el arte de

doblegar las sombras y consumir la voluntad de sus enemigos. Cada vez que respiraba, el aire vibraba y el suelo temblaba bajo sus pies. Sus iris eran dos pozos de fuego que brillaban con una furia incontenible, una furia dirigida exclusivamente a nosotros. Su piel, estaba marcada por cicatrices de antiguas batallas, y el hedor a azufre que emanaba de él quemaba mis pulmones.

Lo reconocí al instante. Los estudios previos a mi toma de votos como paladín habían sido extensos en demonología, y sabía exactamente qué criatura teníamos ante nosotros: un demonio del tipo bládor. Estas abominaciones fueron creadas para infundir terror y desesperanza en los mundos mortales, portando un odio eterno hacia la luz y la vida. Su piel de un azul casi negro, esa frialdad antinatural y su dominio sobre las sombras no dejaban lugar a dudas.

Desde el primer momento, mis compañeros y yo comenzamos a llamarlo «el bládor». No era un simple enemigo ni una amenaza ordinaria, sino una entidad perversa y calculadora que distorsionaba todo a su paso. Enfrentarnos a él significaría desafiar a un ser que había sido diseñado para extinguirnos, alguien inmune a la oscuridad y capaz de convocar sombras a su voluntad, buscando confundirnos y debilitarnos.

La niebla nos envolvía, ocultando el campo de batalla que se extendía más allá de nuestro alcance. Solo podíamos escuchar los sonidos de otros combates a lo lejos: el chocar de espadas, los gritos de guerra, el crepitar de la magia en el aire. No estábamos solos, pero la niebla nos mantenía aislados. El mundo entero se había reducido a este pequeño rincón del infierno donde nos enfrentábamos al bládor.

El olor a sangre fresca se mezclaba con el de la hierba quemada y el sudor que nos empapaba a todos. Podía sentir cada latido de mi corazón como un martillo golpeando una y otra vez, recordándome que aún estaba vivo, aunque por cuánto tiempo, no lo sabía. El polvo se pegaba a mi piel, mezclándose con la mugre y la sangre que salpicaba el suelo en cada movimiento. Era un festín de sensaciones que nos advertía del peligro inminente, un recordatorio constante de que, en cualquier momento, uno de nosotros podría caer.

Mis manos temblaban alrededor del mango de mi martillo, pero no era miedo lo que sentía, no exactamente. Era algo más profundo, una especie de aceptación. Sabía que esta lucha era inevitable. Sabía que este demonio, esta abominación, era un obstáculo que no podíamos evitar. Y, sin embargo, la desesperación se cernía sobre nosotros como un manto pesado. No sabíamos cómo enfrentarlo, cómo derrotar a una criatura tan antigua y poderosa.

Observé a la guerrera orco lanzarse al ataque con su espada negra surcando el aire con un sonido que evocaba el crujir de huesos al romperse, un presagio de la muerte que acechaba en cada golpe. Sus movimientos eran brutales y precisos, cada corte y cada estocada estaban diseñados para sembrar el caos y la desesperación. Se lanzó hacia el bládor con una valentía

que solo un loco o un verdadero héroe podría mostrar. Pero el demonio, con un simple movimiento de su mano, la apartó como a un insecto molesto. La guerrera orco cayó al suelo, y el estruendo de su impacto resonó en mis oídos, un recordatorio de lo impotentes que éramos frente a esta criatura.

A mi lado, un ladrón ágil se movía entre las sombras, buscando puntos débiles en la defensa del demonio. Sus movimientos eran rápidos, casi imperceptibles, como si la niebla lo ayudara a deslizarse por el campo de batalla. Pero por mucho que lo intentara, sus dagas apenas lograban arañar la piel de la bestia.

El bládor rugió, y el sonido fue tan fuerte que sentí que el suelo temblaba bajo mis pies. Cada golpe que asestábamos era inútil, alimentando al demonio con nuestra desesperación.

Desde el otro lado del campo de batalla, un hechicero lanzaba conjuros con furia desesperada. Las bolas de fuego iluminaban la niebla por un breve instante, revelando los colmillos afilados y los ojos ardientes del bládor antes de que la oscuridad volviera a envolvernos. Pero incluso esos ataques no tenían ningún efecto. La criatura simplemente seguía avanzando, como una ola imparable de destrucción.

Yo mismo traté de golpear al demonio con todas mis fuerzas. Mi martillo resonaba con cada impacto, y sentía la vibración recorrer mi cuerpo, desde mis manos hasta mis pies. Pero, por mucho que lo intentara, cada golpe que asestaba rebotaba en su piel como si estuviera hecha de hierro. A pesar de todo, seguí luchando. No porque creyera que pudiera vencerlo, sino porque no podía permitirme el lujo de rendirme. No en ese momento.

Mis alas negras, recién desplegadas, batían el aire con desesperación. Era la primera vez que las utilizaba, y aunque me daban una sensación de poder y libertad que nunca antes había experimentado, también eran un recordatorio de lo poco que entendía de mi propia fuerza. El sonido de mis alas al batir el aire era como el rugido del viento en una tormenta, pero incluso eso era insignificante frente al estruendo de la batalla.

El bládor se giró hacia nosotros y vi cómo, uno a uno, mis compañeros caían ante su furia desatada. El ladrón fue el primero en morir, su cuerpo quedó despedazado por las armas del demonio antes de que pudiera siquiera gritar. Los hechiceros, agotados por el uso constante de su magia, acabaron de rodillas antes de ser aplastados por un simple pisotón del demonio. Vi sus ojos apagarse mientras el último hechizo de uno de ellos se desvanecía en el aire, y el dolor de la pérdida me golpeó como una piedra en el pecho.

Y entonces me alcanzó a mí. El dolor fue insoportable, el fuego del infierno consumió mi carne y mis huesos. Sentí cada músculo de mi cuerpo tensarse y romperse bajo el peso de su poder. Mis alas, que hacía apenas unos instantes me habían dado una esperanza de libertad, ahora eran un lastre que me arrastraba hacia el suelo. Caí de rodillas, incapaz de mantenerme en pie.

La oscuridad comenzó a cerrarse sobre mí, envolviéndome como una manta pesada y sofocante. Podía oír el último rugido del bládor, un sonido que desgarró el mismo tejido del mundo, antes de que todo se volviera silencio. Y entonces, escuché esa voz. «Os necesitamos», susurraba en mi mente.

Cuando desperté, lo primero que sentí fue el frío de la tierra húmeda bajo mi cuerpo. Mi cabeza daba vueltas, y por un momento, no supe dónde estaba ni cómo había llegado allí. Las imágenes del sueño aún flotaban en mi mente, el rugido del bládor resonando en mis oídos como un eco lejano. Pero esto no era un sueño. Estaba despierto, y la realidad no era mucho mejor.

Mis manos estaban atadas con cuerdas gruesas y ásperas, y al mirar a mi alrededor, vi a los otros cautivos, como yo, todos inconscientes aún. Estábamos rodeados por trasgos y ogros, criaturas que reían con voces agudas y siniestras. Sus ojos brillaban con malicia mientras caminaban de un lado a otro, vigilándonos como a un rebaño de ganado listo para el sacrificio. Un trasgo en particular se acercó a mí con la mirada vacía y sin vida. Me observó por un momento antes de apartarse. Para él mi presencia no era más que una molestia pasajera.

Y nuevamente escuché esa voz en mi mente: «Os necesitamos». Era la misma que había escuchado en el sueño, pero esta vez no era un eco lejano. Era clara y presente, llenándome de una extraña mezcla de temor y propósito. No sabía quién nos necesitaba ni para qué, pero una cosa era segura: esto no había terminado. No, esto era solo el comienzo.

CAUTIVERIO

Despertar en la penumbra de aquel claro oscuro fue como ser arrojado a un abismo. Las visiones del sueño, la lucha contra el bládor, la sensación de poder y de unidad, se desvanecieron como sombras al amanecer. En su lugar, la cruda realidad de nuestro cautiverio se apoderó de mí. Me encontraba atado, con las manos y los pies inmovilizados por cuerdas ásperas que me arañaban la piel. Los demás estaban en la misma situación, con expresiones de confusión y temor grabadas en sus rostros.

La luz tenue del bosque iluminaba vagamente nuestras figuras, y al mirar a mi alrededor, vi a mis compañeros: Altair, Mónleas, Varis y Bharash, cada uno atrapado en sus propias luchas. No nos conocíamos antes de esto, excepto por el sueño. Altair, el inferni, luchaba contra la desesperación que amenazaba con consumirlo, su rostro estaba demacrado. Mónleas, el monje humano que, a pesar de su paz interior, estaba en un constante conflicto consigo mismo. Varis, el semielfo hechicero, siempre tan sereno, miraba al suelo con una mezcla de tristeza y rabia contenida. Bharash, el hechicero draco de mirada penetrante, mantenía una expresión impasible, aunque dentro de él ardía un fuego que no podía apagar.

No recordábamos cómo habíamos llegado hasta allí. La última cosa que teníamos en mente era la batalla contra el bládor, el fuego ardiente de sus ojos y la desesperación que sentí cuando su halo gélido se cernió sobre nosotros. Sin embargo, en ese momento, la confusión se apoderó de mí. Según me contó Altair más tarde, tuvo una sensación de desvanecimiento, con la idea de haber cruzado una frontera que jamás deberíamos haber pisado. Los recuerdos de nuestro secuestro eran vagos, como un sueño que se escapa al despertar. De repente, éramos meros juguetes en las manos de nuestros captores, sujetos a sus designios sin ninguna posibilidad de escapar.

Sin previo aviso, los ogros comenzaron a arrastrarnos hacia un camino angosto y tortuoso que serpenteaba entre los árboles. Los trasgos nos empujaban sin piedad, y aunque la desesperación trataba de aferrarse a mí, había algo más fuerte: la voluntad de sobrevivir. Mientras avanzábamos, cada paso resonaba como un tambor en mi pecho. Las voces de mis compañeros se mezclaban con los gritos de las criaturas y, en el fondo de mi ser, sabía que no podíamos rendirnos.

A medida que avanzábamos, el aire se tornaba cada vez más pesado. El aroma de la tierra húmeda se mezclaba con el hedor de los ogros, y el sonido de las hojas crujientes bajo nuestros pies creaba un ambiente de inquietud. Mónleas, en un intento de calmar a los demás, habló en voz baja. «Debemos mantener la calma y buscar una forma de liberarnos». Su voz, aunque serena, temblaba ligeramente, y su intento de darnos fuerza resonó fuerte dentro de mí.

Así, el primer día de viaje se convirtió en una experiencia de pesadilla. Caminamos por horas interminables, adentrándonos en un bosque denso y oscuro. Las montañas de la Sombra se alzaban al oeste de donde nos encontrábamos, a nuestra derecha según viajábamos hacia el sur, con sus picos envueltos en nubes amenazadoras. El río de la Sombra serpenteaba hacia el este, brindando una pequeña esperanza de agua fresca en este paraje. Más al este, las grandes masas forestales rodeaban el Gran Río, creando un laberinto sin fin. Las colinas se sucedían una tras otra al sur, formando un paisaje interminable y monótono, guiándonos hacia un destino oscuro e incierto.

Durante la primera noche, agotados y aterrorizados, nuestros cuerpos fueron finalmente envueltos por el sueño. Pero este sueño no fue el descanso que anhelábamos. En su lugar, volvimos a encontrar la visión del bládor, con su cuerpo helado, sus armas ardientes y su risa retumbante. Pero no estábamos solos en la lucha: los veía a todos a mi lado, enfrentándonos al demonio con valentía. El combate era feroz, y aunque sentía la fuerza de mis compañeros, la desesperación de lo que íbamos a enfrentar nos envolvió. La sensación de la hierba bajo mis pies, y el frío y el calor que emanaban del bládor y sus armas, eran vívidos y, al despertar, la angustia se sentía aún más profunda.

Al amanecer del segundo día, el cansancio y el temor se adhirieron a nosotros como una sombra. Caminamos, pero había una extraña sensación en el aire; algo nos decía que ese día tendríamos una oportunidad. A medida que avanzábamos, las palabras de Altair resonaban en mi mente: «Si encontramos la oportunidad adecuada, podremos aprovechar nuestra agilidad y astucia», dijo, con su voz llena de fervor. «No nos rendiremos fácilmente». Su resolución me recordó que aún teníamos esperanza, incluso en las circunstancias más oscuras. Con cada palabra, la idea de una salida se hacía más plausible, y empezamos a formar un plan entre murmullos.

Sin embargo, la tensión se intensificó cuando, en un momento de confusión, decidimos intentar escapar. Mónleas fue el primero en sugerir que podíamos sorprender a nuestros captores en una curva del camino donde la vegetación era más densa. Con la adrenalina corriendo por nuestras venas, nos preparamos para actuar. Sin embargo, a medida que comenzamos a ejecutar nuestro plan, los ogros y los trasgos demostraron ser más astutos de lo que habíamos anticipado. En el momento crucial, un grito alertó a los demás y, antes de que pudiéramos actuar, estábamos de nuevo apresados, más cansados y desanimados que antes.

La frustración llenó el aire mientras continuábamos nuestra marcha forzada. Las risas burlonas de nuestros captores resonaron a nuestro alrededor, y la impotencia nos oprimió el pecho. Pero, en medio de la desesperación, el deseo de libertad se convirtió en una llama que ardía dentro de nosotros. La imagen del bládor aún nos perseguía en los sueños, y a medida que caía la noche, tendríamos que enfrentarlo nuevamente.

El estado de frustración y cansancio era más notorio a cada paso que dábamos. Se sumaron al desconcierto que nos provocaron esos sueños. ¿Quién era esa guerrera orco que nos acompañaba en los sueños? ¿Y por qué no se encontraba entre nosotros durante la vigilia?

Finalmente, en el tercer día de nuestro viaje, los ogros comenzaron a moverse de manera diferente. Mientras nos llevaban hacia el sur, la vegetación comenzó a cambiar, dejando atrás los densos bosques y dándonos la bienvenida a un paisaje más abierto. De repente, al final de un largo camino de colinas, un castillo se alzó ante nosotros, imponente y oscuro: el castillo de la Dama.

Sabíamos hacia dónde nos dirigíamos por los murmullos de los trasgos y los ogros, que hablaban sin reservas, creyendo que el cansancio nos había sumido en un sueño profundo la noche anterior antes de que realmente sucediera. Sus palabras nos llegaron como ecos en la penumbra, revelando que nos conducían al castillo de la Dama. Mencionaban su nombre con un miedo palpable, describiendo sus caprichos y el poder que ejercía sobre ellos.

El castillo era una fortaleza de piedra negra, con torres altas que parecían desgarrar el cielo gris. Las murallas estaban cubiertas de musgo y hiedra, y un aire de opresión se cernía sobre la estructura, como si el propio castillo

estuviera vivo, respirando la angustia de aquellos que habían sido atrapados en sus muros. Nos acercamos, y el corazón me latía con fuerza mientras intuía que contemplaríamos la imagen del horror que había estado acechando nuestros sueños.

A medida que nos llevaban hacia la puerta principal, la realidad de nuestra situación se asentó en mis huesos. La sensación de inminente peligro se intensificó, y la idea de enfrentarnos al bládor llamado la Dama nos llenaba de miedo. Sin embargo, también había un destello de valor en cada uno de nosotros. Creíamos que tendríamos que luchar no solo por nuestra libertad, sino por la esperanza de un futuro que no estuviera dominado por la oscuridad.

Esa oscuridad que se hacía más intensa, dando la sensación de que el propio cielo se hubiera rendido ante el poder del lugar. La fortaleza se alzaba ante nosotros, imponente y amenazante, sus torres de piedra negra se retorcían hacia el cielo como dedos huesudos buscando la luz del sol. La atmósfera era pesada, y una sensación de inquietud me envolvía mientras cruzábamos el umbral hacia lo desconocido.

LA DAMA

Al llegar a la entrada del castillo, nos detuvimos ante una gran puerta de madera oscura, adornada con intrincados grabados que contaban historias de gloria y ruina. Los ogros y los trasgos nos empujaron hacia adelante, y la puerta se abrió con un chirrido que resonó como un lamento en la penumbra. Un viento helado salió del interior, trayendo consigo un aire de desasosiego que me hizo temblar.

Nos llevaron a rastras hacia la gran sala, donde las antorchas parpadeaban lanzando sombras temerosas en las paredes adornadas con tapices desgastados. La decoración era opulenta, pero el ambiente estaba impregnado de una sensación de inquietud. Nos preparamos mentalmente para enfrentarnos al bládor, la criatura que había invadido nuestros sueños con imágenes de violencia y fuego. Las pesadillas nos habían mostrado un ser demoníaco, de piel helada y mirada vacía, una encarnación de caos puro, capaz de convertir la vida en un suspiro de cenizas. Así que, mientras avanzábamos, cada uno de nosotros intentaba reunir valor, creyendo que ese día pondríamos fin a la maldición de nuestras noches.

Pero al cruzar el umbral de la cámara, nuestras suposiciones se desplomaron. Allí estaba ella, una figura esbelta y enigmática, elegante y seductora, que destacaba en la oscuridad: una humana. Al mismo tiempo, nos pareció más oscura que cualquier sombra. Su piel, suave y sin cicatrices, contrastaba brutalmente con la imagen del bládor. No había ni rastro de hielo, ni de armas ardientes, ni de bestialidad. En su lugar, la elegancia fría de una dama, con su mirada calculadora, nos dejó inmóviles. No era un demonio hecho

de hielo, llamas y furia; era algo peor, algo que comprendía el terror en una forma más refinada, una amenaza de mente y poder.

Entendimos, en un instante, que el bládor y la Dama no eran la misma entidad. La bestia de nuestras pesadillas seguía allí, en algún lugar, y nos habíamos precipitado a un abismo más profundo aún bajo la mirada imperturbable de alguien totalmente desconocido.

—Bienvenidos, valientes héroes —comenzó la Dama, con la voz suave como la seda y afilada como un cuchillo—. He estado esperando vuestra llegada. Sé que habéis atravesado caminos difíciles, y es el momento de que os unáis a mí en una causa que va a trascender vuestras propias batallas.

Su mirada recorría nuestros rostros, buscando debilidades, ansias de poder y la desesperación que pudiera acechar en nuestro interior.

Mónleas fue el primero en hablar.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? Nos has traído aquí contra nuestra voluntad.

Su tono era desafiante, y podía ver la tensión en su cuerpo. Los demás también nos sentíamos incómodos, con la sensación de que la atmósfera se había vuelto más densa. La Dama sonrió de manera enigmática. Su estrategia estaba dando sus frutos.

—Entiendo vuestro recelo —respondió, levantando una mano en un gesto conciliador—. Pero pensad en lo que está en juego. El Concilio está resurgiendo, y yo os ofrezco la oportunidad de uniros a mí para detenerlos. —Su voz resonó con una ferviente firmeza, cada palabra diseñada para penetrar en nuestra voluntad.

Altair, el más impulsivo, dio un paso adelante.

—¿Qué ganamos al unirnos a ti? Solo nos has traído aquí para convertirnos en tus peones.

Su desafío me hizo sentir una mezcla de orgullo y temor. La desconfianza era la única defensa que teníamos en ese momento, pero la Dama demostró tener las respuestas preparadas.

—No soy vuestra enemiga —replicó con una sonrisa—. Vosotros sois los héroes de la profecía. Estáis destinados a luchar contra la adversidad y a unir a los pueblos libres de Dágodart. Juntos, podríamos crear un nuevo futuro, uno donde las razas puedan coexistir en paz. Imaginad un mundo donde elfos, enanos, humanos y orcos se unan contra un enemigo común.

»Entiendo vuestra confusión —continuó La Dama, con un tono casi compasivo, mientras cruzaba los brazos y nos observaba, intentando disipar nuestras dudas con palabras suaves—. Quizás os pueda parecer cruel, pero he tenido que tomar medidas drásticas para asegurarme de que estuvierais aquí, reunidos, en el momento y lugar adecuados. Raptaros ha sido un acto de necesidad, no de hostilidad. —Sus ojos recorrieron nuestros rostros, buscando alguna señal de comprensión o incluso de simpatía—. No podía permitirme el lujo de esperar a que la profecía os reuniera por su cuenta, sin

intervención. Dágodart no puede darse ese tiempo. Las amenazas que se ciernen sobre nosotros son demasiado fuertes y han crecido en las sombras, esperando que los héroes del futuro no estuvieran preparados.

Hizo una pausa, midiendo sus palabras.

—Si realmente comprendierais lo que se avecina, sabríais que la acción que tomé, aunque brusca, era inevitable. Al capturaros, me aseguré que no quedara lugar para el error. He atado vuestros destinos entre sí, asegurando que estuvierais donde teníais que estar, y no dispersos, sin que os conozcáis unos a otros.

»Lamentablemente, a veces el camino hacia la paz y la supervivencia requiere sacrificios que pueden parecer injustos —dijo con un suspiro—. Pero os aseguro que mi intención nunca ha sido la de haceros daño. En cambio, os he dado la oportunidad de empezar esta lucha juntos. Quizás, al final de todo, comprendáis que era necesario… y que todo esto es por el bien común.

En ese momento, su rostro se iluminó con una ferviente pasión.

—Las historias que escuchabais de niños sobre los héroes que cambiarían el curso de la historia… bien, esos héroes sois vosotros. Sois el hilo que puede tejer la paz, y yo puedo guiaros. Permitidme recitaros algo que he aprendido de los antiguos textos.

La Dama comenzó a recitar una poesía que resonaba en la sala, su voz cobrando vida con cada palabra:

«*Héroes nacidos del polvo del tiempo,*
forjados en fuego y en sueños perdidos,
con corazones valientes y espíritus unidos
lucharán contra la sombra que asedia el horizonte.
Con la luz de la esperanza brillando en su pecho
unirán a los pueblos, los libres y los caídos.
Contra el oscuro Concilio se alzarán en batalla
con el eco de la gloria resonando en su historia».

Mientras hablaba, sentí que su energía envolvía la sala como un hechizo que comenzaba a atrapar nuestras mentes y corazones. Las palabras resonaban en mí, y aunque era una manipulación, una parte de mí quería creer en su visión. Era tentador pensar que teníamos un propósito más grande, y que nuestros destinos estaban entrelazados de alguna manera con el futuro de Dágodart.

—No podemos dejar que la historia se repita —continuó la Dama, su voz ahora era un susurro lleno de urgencia—. Debemos unir fuerzas antes de que el Concilio alcance el poder que una vez tuvo. Sois los elegidos, y juntos podemos derrotarlos.

Sin embargo, en medio de sus elocuentes palabras, mi mente se llenó de dudas:

—¿Y si no es más que una trampa? —dije pensando en voz alta, y Varis, que había permanecido callado, rompió su silencio.

—¿Y qué pasará con aquellos que nos enfrentemos al Concilio?.

La Dama se volvió hacia él. Su expresión cambiaba de la compasión a una fría indiferencia.

—Lamentablemente, Varis, no todos podrán acompañarnos. Debo hacer lo que sea necesario para asegurar la victoria. A consecuencia de tu comportamiento, y como una advertencia para los demás, tú te quedarás aquí.

La palabra «advertencia» resonó en la sala como un trueno, y el ambiente se volvió más tenso.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Mónleas con indignación—. No puedes dejar a uno de nosotros atrás. No es justo.

Pero la Dama solo sonrió con desprecio, como si hubiera anticipado nuestra reacción.

—Es una decisión que debo tomar. Si queréis ganar, debéis estar dispuestos a sacrificar algo. Podéis salvar a todo el mundo, pero no sin sacrificios.

—Eso no es un sacrificio, es una traición —gruñó Altair—. No vamos a dejar a Varis aquí.

Pero las palabras de la Dama habían calado hondo, y aunque estábamos unidos por la voluntad, el miedo a lo que significaba su captura comenzó a asentarse en nuestros corazones.

—Los héroes que asaltarán la Torre de la Hechicería necesitarán más que valor —dijo La Dama, con una voz casi seductora—. Necesitáis una causa y un propósito. Vosotros sois esos héroes, y yo puedo guiaros. Juntos, seremos imbatibles.

Cada palabra que pronunciaba estaba diseñada para enganchar nuestras emociones, y mientras hablaba, sentí que mi voluntad se debilitaba.

El aire en la sala estaba cargado de tensión. A pesar de la resistencia por Varis, comenzamos a discutir las posibilidades, explorando la idea de unir fuerzas con la Dama para enfrentar al Concilio. Mónleas, el moralista, se debatía entre la traición a un amigo y la posibilidad de un futuro más brillante.

—Pensad en el poder que tendremos —insistió la Dama, con voz suave y persuasiva—. Vosotros no sois solo guerreros, sois símbolos de esperanza. Si lográis derribar al Concilio, seréis recordados como los héroes que restauraron el equilibrio en Dágodart.

Mientras hablaba, comencé a imaginar cómo sería ese futuro. Los pueblos unidos, las razas trabajando en armonía, la guerra y el conflicto finalmente dejando lugar a la paz. Pero todo esto podría ser solo un espejismo, una trampa cuidadosamente diseñada. Las palabras de la Dama se convertían en un eco en mi mente, y luché por mantenerme firme.

Finalmente, cuando la conversación se desvaneció en murmullos, la Dama se levantó. Su figura esbelta se deslizaba por la sala mientras decía:

—Considerad lo que os he dicho. La Torre de la Hechicería es el corazón del poder del Concilio. Juntos, podemos desmantelarlo. Mientras tanto, Varis se quedará aquí, y su destino dependerá de lo que decidáis.

Con eso, se dio la vuelta y desapareció unos momentos en la penumbra, dejándonos a solas en la gran sala. El silencio se convirtió en un abismo en el que cada uno de nosotros luchaba con sus propios pensamientos. Miré a mis compañeros: sus rostros reflejaban una mezcla de confusión, miedo y valor. La decisión que se avecinaba era monumental, y el peso de nuestra elección comenzaba a presionar sobre nosotros como una losa.

—No podemos dejar a Varis aquí —murmuró Mónleas, con voz temblorosa—. Dejarlo atrás es un error que no podemos permitirnos.

—La Dama está manipulándonos —intervino Altair, con sus ojos brillantes de desafío—. Ella sabe exactamente cómo jugar con nuestros miedos y esperanzas. Lo que nos ha prometido podría ser una ilusión. ¿Realmente creemos que tenemos alguna posibilidad de salir de aquí y luchar contra el Concilio? —Su tono era sarcástico, pero la verdad en sus palabras no podía ser ignorada.

Vi cómo Varis fruncía el ceño, observando la puerta por donde la Dama se había ido con una mezcla de tensión y algo que casi parecía… convicción. Era una reacción inesperada, dadas sus propias experiencias con ella. Aun así, alzó la voz en un intento por razonar con nosotros.

—Quizás deberíamos escucharla —dijo Varis, con tono contenido pero firme—. Sé que puede parecer una locura, pero ¿y si realmente está diciendo la verdad? ¿Y si lo que ella nos ofrece es algo que de verdad necesita Dágodart?

Mi mirada se detuvo en él. El resto no sabíamos el trato que había tenido él con la Dama, ni el oscuro precio que había puesto en su mesa, una orden que él había decidido no cumplir. Un acuerdo roto que aún pesaba en su conciencia. Y, sin embargo, aquí estaba, intentando hacernos considerar las palabras de esta mujer, que hasta entonces nos había parecido la pura encarnación de la maldad.

—Antes de juzgarla definitivamente —continuó Varis, sin titubeos en su voz—, tenemos que preguntarnos si en realidad podemos darnos el lujo de rechazar cualquier ayuda, aunque venga de alguien que actúe en zonas grises. No tiene que gustarnos, ni tenemos que confiar en ella. Pero… ¿y si este «nuevo futuro» que propone es posible? Hemos visto demasiado odio y división entre nuestros pueblos. Quizás la Dama pueda hacer algo que nadie más podría.

Intuí que hablaba tanto para convencernos a nosotros como para convencerse a sí mismo. Varis cargaba con el peso de haber rechazado una orden suya, sí, pero también con la duda. Una duda sobre si el rechazo de

aquella vez había sido una decisión en favor de su propio honor, o si realmente había impedido algo peor.

—Pero si nos unimos a ella —argumentó Varis, con la mirada centrada en el suelo de piedra fría— podríamos tener una oportunidad. Al menos tendríamos la posibilidad de luchar contra el Concilio.

La lucha interna era evidente en su voz, y pude ver cómo se debatía entre el miedo a lo desconocido y la esperanza de un cambio.

—Ella nos ha puesto en esta posición —dijo Mónleas, su voz resonó con fuerza—. No debemos permitir que su engaño nos divida. Si nos quedamos unidos, podemos encontrar la forma de salir de aquí. No podemos ser peones en su juego.

Su resolución encendió una chispa en el aire, y sentí que el valor comenzaba a apoderarse de nosotros. Sin embargo, el temor a las represalias de la Dama acechaba en el fondo de mi mente. Si decidíamos enfrentarnos a ella, las consecuencias podrían ser devastadoras. Pero también comprendí que, si nos dejábamos llevar por su juego, la pérdida de Varis sería solo el inicio de un camino oscuro.

Pasaron las horas, y la incertidumbre se convirtió en un peso insoportable. Al día siguiente de entrar en la prisión de la Dama, nos encontrábamos aún en la oscuridad de una celda. El silencio era casi ensordecedor, y el aire se sentía denso con el miedo y la desconfianza que habían crecido entre nosotros.

Finalmente, Mónleas rompió el silencio:

—No puedo soportar esto. Debemos buscar una salida. No puedo permitir que Varis se quede aquí.

Sus ojos estaban fijos en mí, y su osadía me inspiró a actuar, ya que fue justo en ese momento cuando un nuevo pensamiento brotó en mi mente.

—¿Y si la Dama no tiene el control total sobre esto? —susurré—. Si es tan poderosa, ¿por qué no ha hecho nada para obligarnos? Quizás haya más en su historia, algo que podamos utilizar a nuestro favor.

Altair asintió. Su mirada se iluminó con una chispa de reconocimiento.

—Quizás deberíamos intentar hablar con ella nuevamente. Debemos hacerle entender que no somos sus enemigos, que queremos un futuro mejor, pero sin dejar a Varis atrás.

Su idea resonó en mí. Hablar otra vez con la Dama podría abrir una puerta, una oportunidad para cambiar el rumbo de nuestra situación.

Fue entonces cuando volvió. Su figura emergió de entre las sombras como un espectro. Desde el pasillo su presencia llenó la celda.

—¿Habéis reflexionado sobre lo que os he propuesto? —preguntó, con la voz suave pero cargada de poder.

Mónleas fue el primero en hablar, con tono firme.

—Queremos saber más sobre el Concilio. Creemos que tenemos derecho a conocer todos los detalles de la lucha que nos involucra.